

YO MATE A CARLOS GARDEL

william soboredo

(música de tango, luz que ilumina lentamente a un personaje que rebusca entre papeles y recortes, en escena hay una mesa y una silla; el personaje es un profesor muy pintoresco – traje viejo y corbata de moñito por ejemplo- dicta una conferencia mientras alguien entre el público lo contradice, de pronto parece recordar que está dando una conferencia y que el público está esperando por él)

PROFESOR – Eh... disculpen. No encuentro el... bueno la... En realidad no es demasiado importante... ¿En qué iba?... Ah sí. Como les decía, la personalidad del cantante de tangos Carlos Gardel en realidad siempre ha sido un enigma. Podría... podría... *(estornuda con gran estrépito y se disculpa)* Perdón, es el cambio de estación. Es alérgico. Sí... es el polen que anda en el aire, que uno... que uno aspira y... y se mete en los pulmones y el estornudo es para expulsarlo. Sí... los pulmones en realidad se defienden, sí... Esto me lo explicó un médico amigo de la familia, sí... Brausen se llamaba, sí... El doctor Brausen, un viejito con el pelo alborotado, así a lo Einstein. En realidad era parecido a Einstein, solo que más grande, y era tuerto, tenía un ojo de vidrio, pobre...

PUBLICO- Al final va a hablar de Gardel o del ojo de vidrio del doctor Brasen.

PROFESOR – Brausen, con u entre la a y la ese...

PUBLICO – Es lo mismo. Como se llame... Dentro de un rato se le va a ocurrir decir que el mago también tenía un ojo de vidrio. ¡Por favor! Los que vinimos a escuchar una conferencia sobre la vida del mejor cantor que ha existido ¿en qué nos pueden interesar los médicos con ojos de vidrio?

PROFESOR - ¿Eh?... Pero si yo no... Sí, claro. Tiene razón, a veces me voy por las ramas... Que dicho curioso ¿no?: “irse por las ramas”... es extraña la coincidencia, como sugiriendo que tuvimos en alguna época una vida arbórea. Pero si a esto le sumamos que descendemos de los monos la coincidencia no es tan extraña ¿no?... aunque no deja de ser interesante: “irse por las ramas”, como los monos... Qué curioso...

PUBLICO – Y al final: ¿Qué tiene que ver Carlitos con los monos que se van por las ramas? ¿Me querés decir? Es una falta de respeto, el Mago no se merece esto.

PROFESOR – No, claro. Sólo estaba pensando en voz alta... Sí... a veces pienso en voz alta... ¿No les ha pasado pensar en voz alta? Es como descubrir que uno está hablando, y recién ahora se da cuenta... ¿No es un fenómeno curioso también? Como la atención puede concentrarse tanto que no nos damos cuenta de algunos actos que nos involucran directamente... Recuerdo una anécdota de un colega que...

PUBLICO – (*interrumpe*) Allá vamos de nuevo. Cuando empiece a hablar de Gardel se va a acordar de otra cosa y vamos a terminar escuchando alguna anécdota sobre los rematadores o... los carniceros.

PROFESOR- (*con cierta picardía*) Curiosamente, ahora que el amable contertulio recuerda a los carniceros... una vez leí en un semanario, que ya no se edita, que Jack el Destripador podría haber pasado por Tacuarembó, incluso podría ser originario de Tacuarembó; como Carlos Gardel. Evidentemente se trataba de una broma, pero no dejó de llamarme la atención. Recuerdo que se lo comenté a una profesora de filosofía, en esa época yo daba clases en el liceo, y me contestó muy suelta de cuerpo “siempre lo sospeché”. (*riéndose*) No saben cómo nos reímos de la ocurrencia... “siempre lo sospeché”... Qué cosa más graciosa... (*festeja la ocurrencia casi como un niño*)

PUBLICO- ¡Ah no! Esto ya supera todo lo conocido. O nos centramos en el tema o nos vamos todos. Al final digo yo ¿a qué vinimos?... a escuchar los desvaríos de este... “señor”. Yo me voy. (*se levanta como para irse aunque sin muchas ganas*)

PROFESOR – No, no. Por favor, siéntese... Por favor... (*el otro se sienta de mala gana*) Tiene razón el caballero. Volvamos al tema que nos ha reunido. (*reflexivo*) Carlos Gardel... uno de los mitos más grandes de los tiempos modernos, comparable a Elvis Presley o a John Lennon. Un ídolo de multitudes... al que se suma un destino trágico. (*se entusiasma*) Es, sin lugar a dudas, la alquimia perfecta para producir el mito, el lugar predilecto, la conjunción de acontecimientos insuperable, el espacio perfecto para el nacimiento de la leyenda.

PUBLICO- (*le pregunta a alguien entre la gente*) Pero... ¿De qué cuernos está hablando este tipo?

PROFESOR- Es como un semidiós griego. Como Aquiles. El héroe que muere joven. Después de una vida, corta, pero llena de gloria, la muerte trágica a manos del destino. El estereotipo que se cumple una y otra vez y que, con Gardel, si tenemos en cuenta lo ignoto de su origen, y las zonas oscuras de su vida en las que tenemos que llenar las lagunas con suposiciones y habladurías, alcanza una expresión superlativa. Es el crisol donde se funde el metal que dará forma a la leyenda. Imposible ignorarlo, imposible comprender el fenómeno Gardel si no tenemos en cuenta estos... misterios, estas zonas en sombras de su vida. Y mucho más todavía que los misterios, importan los intentos de explicación, las conjeturas que se toman como verdad revelada, los datos a medias, los hechos circunstanciales que se defienden como pruebas irrefutables... En fin... Estamos hablando de uno... o de muchos personajes...

PUBLICO – Carlos Gardel era uno y era irrepetible. No hubo otro cantor como él. No hubo otro artista como él. No hubo en la historia, alguien que tuviera la voz, la personalidad, la distinción, la elegancia, la seducción del Mago. En una esquina de Buenos Aires o de Montevideo “cualquier cacatúa sueña con la pinta de Carlos Gardel”. (*Aplausos*)

PROFESOR – El señor de la platea tiene razón. En Gardel hay una suma de virtudes, y una serie de coincidencias también que no habría que despreciar cuando de un análisis se trata. Pero decíamos que hay una serie de virtudes, aunadas al hecho de que hay zonas poco exploradas en su historia personal. Una serie de virtudes que nos hacen pensar que no se trata de una sola persona.

PUBLICO – Y dale con lo mismo. Este tipo está loco.

PROFESOR- El caballero en parte tiene razón. Es lícito pensar que se trata de una locura. Pero hay una evolución del cantor desde los primeros tiempos que interpretaba músicas camperas, con un origen y tópicos rurales, y que de pronto comienza a intercalar en su repertorio la incipiente temática del tango, y surge a las primeras luminarias con el tango canción, que, como suele decirse colabora a que esta música suba de los pies a la garganta y el oído...

y después salta a Europa, a Estados Unidos, al cine, a los grandes escenarios... y a la inmortalidad.

PUBLICO – En eso sí tiene razón el Mago es inmortal. El Mago cada día canta más. El Mago... el Mago es el Mago ¡que joder!

PROFESOR – Son... extraños, todos estos cambios, un poco camaleónicos. De capullo en crisálida y mariposa, para volver a ser capullo un poco más adelante y repetir el proceso una y otra vez. A todos estos cambios decía, debemos sumarle los pasajes en sombras y las verdades a medias que rodean la figura del cantor.

PUBLICO - ¿Qué sombras ni que ocho cuartas? Con el Mago es todo claro, transparente como el agua.

PROFESOR – La posible paternidad incestuosa hecha una sombra de duda sobre el origen del artista. Sus primeros años se pierden en un ovillo de idas y venidas, de nudos difíciles de desatar, de dudas casi imposible de aclarar. La adolescencia es una zona confusa, rayana en la ficción y los dichos de oídas. El difícil camino del cantor por piringundines, casas de mala fama y boliches de dudosa moralidad, coqueteando con la delincuencia, en lugares como estos y en comités, bajo la protección de algún político, construyen una figura de ribetes, por lo menos, borrosos, imprecisos...

PUBLICO – Yo insisto en que este tipo acá vino a tirar mierda sobre la figura del Mago, y si nos bancamos esto vamos a quedar como una manga de cagones.

PROFESOR – Por favor caballero, déjeme terminar y va a ver como al final va a coincidir conmigo.

PUBLICO – *(como para sí)* Difícil que el chancho chifle...

PROFESOR – Aquí, en el pasaje del Gardel adolescente al Gardel hombre hay un par de cuestiones oscuras. Un posible pasaje por la cárcel de Ushuaia, a raíz de una muerte en un duelo que le adjudican los defensores de la visión del macho criollo, del guapo; y una duda sobre la virilidad, mejor: sobre la condición sexual del cantor.

PUBLICO - ¡¿Pero qué está diciendo este hombre?! ¡Que el Mago era trolo...! ¡Mirá, vos serás todo lo profesor que quieras, y tendrás todos los títulos que se te ocurran, pero esto no te lo vamos a permitir! ¡Carlitos, nuestro Carlos Gardel

era bien macho! Ya quisieras vos haber tenido la cuarta parte de las mujeres que tuvo.

PROFESOR – Es verdad. Es una forma de verlo. Pero si observamos cuidadosamente existe un hecho curioso. En un tiempo machista por excelencia, un hombre que, como el efusivo contertulio apunta se relacionó con muchas mujeres, sin embargo no dejó descendencia. Al menos no hay noticias, y en esto concuerdan tirios y troyanos, de que Gardel haya tenido hijos. Si lo pensamos un poquito, no deja de ser un detalle curioso. Si aceptamos la teoría de que el coronel Escayola fue su padre, éste dejó una vasta progenie que se prolonga hasta nuestros días, sin embargo al cantor no se le conoce descendencia.

PUBLICO – Bueno... él uso su pinta, su encanto, su... arte... para seducir a cuanta mujer se le puso adelante pero...

PROFESOR – Pero no tuvo hijos. No deja de ser curioso. *(Pausa)* Después, el salto a la fama, al Gardel universal. Europa, el cine, los grandes escenarios, las giras artísticas. Aquí el relevamiento mediático es exhaustivo, y por eso mismo dudoso, se superponen los datos a las especulaciones y acaso, a las mentiras. Es fácil perderse en ese fárrago de información a más de ochenta años de distancia... Por eso, y por muchas cosas más que sería un poco cansador para ustedes exponer aquí... por eso yo, en algunas noches de insomnio donde las especulaciones aparentemente más disparatadas se nos presentan como verdades meridianas... me he preguntado si estamos frente a uno o muchos hombres... La figura de Gardel se nos presenta como una construcción histórica, hecha de retazos, coincidencias, momentos, acaso irrepetibles...

(transición, se escucha un tango cantado por Gardel y poco a poco la luz va cayendo sobre Romuald que es un anciano y parece estar en un asilo o algo así, podría estar sentado en una mecedora con una manta sobre las piernas o los hombros) (el disco que escucha está rayado, cosa que no parece importarle)

ROMUALD – Mi nombre es Charles Romuald Gardés. Yo maté a Carlos Gardel. Claro: ya sé lo que están pensando. Gardel murió en Medellín, en un accidente. Se comentaron algunas cosas, que hubo un tiroteo en el avión antes del desastre, pero no pasan de habladurías, lo real es que Carlitos murió en ese avión que carreteaba por la pista del aeropuerto y terminó cercado por las llamas.

Esa es una verdad, pero hay otras, claro que hay otras, siempre hay otras. La realidad es como la arena del desierto, cambia constantemente, y no es siempre lo que parece, no...

La verdad... Les decía que yo maté a Carlos Gardel, y es la verdad más verdadera de todas las verdades.

Piensen un poquito. Para el mundo Carlos Gardel, el gran cantor, nació en Francia, en Toulouse para ser más exactos, hijo natural de Berthe Gardés, de padre desconocido, y de nombre Charles Romuald.

Así que para todo el mundo, salvo un puñado de uruguayos, algunos de un paraje que se pierde en el mapa denominado Tacuarembó, yo Charles Romuald Gardés soy, fui, y seguiré siendo, Carlos Gardel, nombre artístico con el que se me conoció en todas partes.

¿Y entonces? ¿Cuál es la verdadera historia? Porque ésta es una verdad sencilla, fácil de digerir para cualquiera que, repito, no sea uruguayo... preferentemente de Tacuarembó...

Ahora digo yo: ¿El Uruguay? ¿Existe?... ¿Y dónde queda? En África seguro... No. Sudamérica. Claro, Uruguay, Paraguay, todo medio parecido. Republicuetas bananeras, seguro, todos medio indios; indígenas digo, si fueran indios de la India ya sería otra cosa...

Pero en fin, Uruguay. Es un país, chiquito, pero país al fin de cuentas... ¿o no?... Uruguay, vamos a darlo por bueno.

¿Y Tacuarembó? ¿Quién conoce Tacuarembó? A ver, por el premio mayor... yo que sé... cien mil euros por decir algo ¿Quién conoce Tacuarembó?... Suena como el nombre de una tribu... “Los tacuarembos ”... como los Ranqueles digo, por decir algo.

¿Quién en el mundo civilizado va a decir “ tacuarembosenses ”? Palabra larga y difícil de pronunciar para cualquiera que no sea uruguayo... preferentemente de Tacuarembó.

Los tacuarembosenses... Parece una tribu africana, no me van a decir que no, una de esos lugares donde solo hay negros, porque los europeos que antes los explotaban, cuando eran colonia, se fueron, y ahora lo único que hacen es pelearse y matarse entre ellos. Los negros, los europeos volvieron ricos a Europa... volvieron ricos los que eran pobres, y los que eran ricos, más ricos.

No me van a decir que no parece el nombre de una tribu africana, como los Zulúes, los Tacuarembosenses... Pero no, ya sé, no es, es Sudamérica, Uruguay... “la desolada campiña uruguaya”...

Pregúntele a un holandés donde queda Tacuarembó, y si llega a decirles “en la desolada campiña uruguaya”, les juro que me hago cura, negro y comunista. Y conste que no dije puto por no faltar el respeto a los que tienen esa opción sexual, cosa que me parece muy respetable; “cada uno hace con su culo un pito y da para quien quiera tocar” decía una vecina del barrio... ¿Qué barrio?... bueno... en Toulouse no era, no me acuerdo, pero debía ser en Buenos Aires, a boca sucia a los porteños no les gana nadie.

Pero... díganme ¿Quién se va a comer que Gardel, un tipo que llegó a ser algo así como el Rodolfo Valentino de las Pampas, nació en un lugar llamado Tacuarembó, perdido en un paisito de nombre Uruguay, en Sudamérica, que es casi lo mismo que decir África? Si me apuran peor, porque el continente africano, Tarzán mediante, gracias al cine norteamericano por supuesto, es mucho más conocido.

Sudamérica para un holandés común y corriente será... el Ché Guevara, si acaso la cocaína que viene de Colombia, el carnaval de Río... y no creo que mucho más.

¿Cómo un tipo como Gardel –personaje del que casi seguramente el holandés nunca oyó hablar- cómo Gardel puede haber nacido en un lugar como ese?

Uruguay... Tacuarembó... Gardel... ¿De qué me están hablando? Va a preguntar el holandés. Y quizá, con un poco de suerte, algún entendido le va

a contestar: “Un cantor de tangos de principios del siglo XX, nació en Francia pero se crió en Sudamérica, Argentina creo; aparece en algunas películas de esa época... era un pésimo actor”...

Así que para el mundo, y para la historia, yo, Charles Romuald Gardés, fui, soy, y seguiré siendo, el famoso cantor Carlos Gardel.

MEDICO – *(entrando)* Buen día Romuald. ¿Cómo pasamos hoy? *(Romuald contesta todo con sonidos, de disgusto, molestia, a veces ironía)* Tendría que salir un poco. Afuera hace un día hermoso. Hay un sol como para ponerse a cantar... ¿Todavía sigue pensando que usted es Gardel? *(Romuald no contesta, ni siquiera lo mira)* Vamos por mal camino Romuald... Los demás internos están en el patio, tomando sol. ¿Por qué no sale un poco?... No es bueno vivir todo el tiempo encerrado... *(Romuald no contesta)* Bueno, me retiro. Nos vemos la semana que viene. Cualquier cosa pida que me avisen ¿eh Romuald? *(el médico sale)*

ROMUALD – *(una vez que se ha ido el doctor se burla)* “Vamos por mal camino... no es bueno vivir encerrado... un sol para ponerse a cantar...” acá piensan que estoy loco, pero vamos a ver quién ríe por último. La historia me va a reivindicar, dentro de 500 años todo el mundo va a decir que yo, Charles Romuald Gardés, fui Carlos Gardel... *(desanimado de repente)* si es que alguno todavía se acuerda...

(Vuelve al disco rayado y después de cantar un poco se vuelve a sentar en el sillón y dormita) *(transición, se vuelve a escuchar a Gardel, solo que ahora habla, un diálogo sacado del audio de alguna de sus películas)* *(en escena un ciruja avejentado y decadente que habla con un periodista, la época se sitúa alrededor de los años 50, la escena ocurre en la mesa de un bar: mesa, un par de sillas, botella, vasos, el periodista toma notas en una libretita)*

CIRUJA – Como le decía amigo periodista, en Ushuaia la cosa no era pa jodidos. A mí me tuvieron ocho años... ocho años que fueron como ochenta. Cuando me soltaron era como un cadáver que camina. Me largaron como el libro primero, puro ojo y pelo... *(se ríe con ganas casi como una bravata de guapo que se burla del sufrimiento y termina en un acceso de tos terrible)* Esta tos también

la traje de allá. Aquello no era cárcel, ni castigo, ni nada; era ir a cagarse de frío en unos calabozos mugrientos, y que unos milicos roñosos, aparte de matarte a palos te agarraran pal chijete.

PERIODISTA- Sí, claro. Tiene que haber sido una experiencia difícil.

CIRUJA - ¿Difícil? Lo difícil era salir vivo de aquel infierno. Si no lo mataba el frío o el hambre, o las sobas que nos daban los guardias, porque sí nomás, pa sacarse el aburrimiento, capaz que lo limpiaba uno de su misma condición por cualquier quitame esas pajas. Ahora que tanto hablan de los campos de concentración de los nazis y todo eso, me hubiera gustado que vieran lo que era Ushuaia en aquellos años. Yo digo que lo mandaban a uno allí pa morir. Y el que salía vivo salía medio loco. Así que no se asuste si le salgo con algún disparate... *(risa que termina con un nuevo acceso de tos)*

PERIODISTA- Tómese un trago. *(le sirve de la botella)* Le va a hacer bien, digo: para despejar la garganta.

CIRUJA – Gracias ché. *(toma con mucha delectación)* Cha que había resultao un pingaso el amigo periodista... *(vuelve a tomar como si arrastrara una sed de muchos días pero esta vez el trago, en vez de apagar, genera un nuevo acceso de tos)* Esta tos me va a llevar al cajón. Y la traje de allá, se lo certifico. Hace un lote de años que se la vengo peleando pero calculo que a la larga me la va a ganar la güesuda... Y bueno... La vida es una carrera perdida desde el principio ¿No le parece amigo periodista? *(el otro se encoge de hombros)* Y sí, como decía un viejo que tuve de compañero de celda allá en Ushuaia: en la vida las cosas hay que tomarlas con silosofía.

PERIODISTA – Disculpe el atrevimiento pero debe ser filosofía.

CIRUJA – Eso mismo... *(con sorna, medio burlándose)* Vos sí que sos preparao ché. ¿Cuántos libros leíste? *(el otro hace un gesto como quitándole importancia)* Sos un dotor vos ¿eh? *(provocativo)* *(saca el cuchillo con vaina y todo y lo pone arriba de la mesa)*

PERIODISTA – No, por favor. Yo en ningún momento quise corregirlo. En realidad debo haber escuchado mal y... Bueno... las palabras se confunden... uno mismo se confunde...

CIRUJA – *(riendo)* No te preocupés. Si es por esto *(saca el cuchillo de la vaina y juega un poco con él ante los ojos asustados del periodista)* me lo saqué de la

cintura porque me ha empezao a molestar ¿sabés? Cuando era más joven ni lo sentía, era como una parte de mi cuerpo... tanto en la cintura como cuando lo tenía en la mano... (*melancólico*) Debo estar poniéndome viejo...

PERIODISTA - ¿Y... cómo lo conoció a...?

CIRUJA - ¿A Gardel? (*el otro asiente*) Ahí mismo, en Ushuaia. Cuando llegó era un cajetilla, un vividor de tres por dos, un parásito. Dicen que traía una muerte. Una cosa difícil de creer cuando uno lo veía... Después se endureció, como todos los que estuvimos allí... algunos salimos hecho hombres, otros no tuvieron esa suerte.

PERIODISTA – Y con Gardel ¿qué paso realmente?

CIRUJA – Yo le tenía estima, resultó un pingaso el gordo. Así le decían. Se dudó con otro cantorcito por una cuestión de orgullo, de vanidá ¿si me entendés? El otro lo ofendió y yo le aconsejé que aquello no podía quedar así, que si se dejaba babosear no lo iba a respetar nadie allí adentro. Fue un duelo limpio, a cuchillo... y el otro era mejor, o tuvo más suerte.

PERIODISTA – Gardel, Carlos Gardel ¿murió en Ushuaia? Pero... ¿y entonces... quién fue el que... el que se hizo famoso?

CIRUJA – Siempre me sentí responsable ¿sabés? No se si me entendés. Yo lo empuje a que peleara, a que se hiciera respetar... Y en eso se le fue la vida.

PERIODISTA- Pero entonces... Si Gardel murió en Ushuaia... ¿Quién es el de las películas... el que después murió en Medellín?

CIRUJA – Al otro, al que le ganó lado del cuchillo, el morocho le decían... Lo dejé vivir porque el duelo había sido justo y era su derecho. Lo volví a ver después, pero en las fotos de los diarios, como el famoso cantor de tangos Carlos Gardel.

PERIODISTA- (*cada vez más sorprendido*) Si entendí bien, el que lo mató en la cárcel, después, cuando salió, le robó también el nombre.

CIRUJA – Mirá que sos lerdo ché. Y eso que sos todo leído ¿no eras un doctor vos?... (*ríe y tose un poco, vuelve a beber*) Después me di cuenta de que eran bastante parecidos, sólo que el otro, el morocho, era mucho más flaco, y eso era lo que te despistaba. Al principio lo busqué, pa encararlo, porque no es cosa que se haga, el duelo era una cosa pero aquello... Y después me di cuenta que yo tenía la culpa, que yo lo empujé a pelear porque esa era mi ley,

pero no tenía porque ser la del pobre Carlitos. Sí, amigo periodista, yo... yo maté a Carlos Gardel...

(Transición. Canta Edith Piaf "Je ne regrette rien" o "La vie en rose") (En escena Gerard un personaje bastante amanerado, con bata y un foulard al cuello y un aire afrancesado y decadente, se mira al espejo, se arregla, sirve té, juega a inventar personajes, se ríe solo; el otro –Román- es un hombre más joven que conoce quizá de esa misma noche, una conquista reciente y muy probablemente pasajera, lo que hace es comer y tomar con un hambre evidentemente atrasada, le presta poca atención y cuando lo hace es de forma socarrona / Lugar físico: apartamento o pieza del primero, algún toque kitsch de ambientación, pobre pero llamativo)

GERARD – Sí querido, viví más de veinte años en París... Ah, París... *(suspira nostálgico)* ¡Qué años aquellos! Desde los años locos hasta la guerra, y cuando los alemanes entraron en la ciudad...

ROMAN – *(con la boca llena)* ¿Qué son los años locos?

GERARD – Los años locos eran eso, la locura, la alegría. París era la capital de la alegría, de la... libertad. Tendrías que haber estado allí para entenderlo, pero en esa época cariño vos ni siquiera habías nacido. Después vinieron años oscuros... Los nazis, la ciudad ocupada, los toques de queda, el miedo constante.

ROMAN - ¿Miedo de qué?

GERARD – A los alemanes ¿no entendés? ¿Cómo podés ser tan ignorante?

ROMAN – Bueno, bueno. Tranquilo el perro que la cadena es corta. Si me invitaste aquí no fue para insultarme. Así que... despacito por las piedras...

GERARD – Sí, sí, tenés razón. Son cosas que no tenés porque saber. Sos joven todavía... y nunca debés haber salido de acá.

ROMAN – No creas, no solo vos viajaste, yo me conozco buena parte del Brasil, Bage, Porto Alegre, Pelotas... y Asunción también, estuve casi dos años viviendo con los paraguas. Tenía una minita que era del oficio y con ella recorrí un montón de lugares. Después se nos pegó un boliviano, parecía un pelotudo, un tipito al pedo, pero un día me desperté en un hotelucho de Asunción y ni rastro, ni de él, ni de la mina... Nunca más los volví a ver. Y

mirá que yo le había agarrado cariño al boliviano, cuando se juntó con nosotros andaba en la llaga, no sabes lo que lo ayudé, hasta el hambre le maté...

GERARD – Así y todo se te voló con la paloma.

ROMAN - ¿Qué paloma?

GERARD – La muchacha que otra paloma va a ser. Ni el nombre me has dicho.

ROMAN – Ah, sí... Serena se llamaba. Nombre raro ¿no? Bueno... yo creo que ella hacía tiempo que quería dejarme y lo convenció al boliviano. Porque él era un pobre infeliz, no le veo uñas para guitarrero, hasta me tenía un poco de miedo... Ella, ella lo convenció, estoy seguro. No se puede confiar en las mujeres...

GERARD - ¿Y que hiciste después?

ROMAN – Y nada... Anduve dando bandazos un tiempo y después me vine. En aquellos lugares igual si les caías mal te limpiaban por un fósforo apagado. La cosa no daba.

GERARD – Cómo son las cosas. Yo me tuve que venir de París porque los nazis perseguían a todo el mundo, no era sólo a los judíos, no creas. Yo me salvé por esas cosas, pura suerte. Primero a Portugal, y después de vuelta a América, por Marruecos. Todos los que no éramos “arios puros” estábamos en peligro. Y yo tenía mi historia querido. Si alguien me denunciaba, porque yo no le caía en gracia o por algunos celos apolillados de los que yo ya ni me acordaba, la iba a pasar muy mal... Pero fueron más de veinte años en París, una época inolvidable. Claro, vos no lo podés entender...

ROMAN – Bueno ¡qué joder! Contame algo a ver si entiendo y dejá de lamentarte como una vieja enferma.

GERARD – Más respeto querido. Sino te vas. Así como entraste por esa puerta podés salir en cualquier momento. Mirá que he lidiado con muchos “hombrecitos” como vos y ninguno salió muy bien parado.

ROMAN – Esta bien ché, no te remontés que no sos cometa. *(sigue comiendo)* Dale contá, contame de París...

GERARD - ¡Ah París! Alterné con tanta gente en la ciudad luz *(haciéndose el interesante)* Gente de la aristocracia, artistas... gente... diferente ¿entendés?

ROMAN – No. Bueno... más o menos...

GERARD – Sí, sí, sí, no importa.

ROMAN – No te chivés. Dale que te escucho.

GERARD – Sí... ¿sabés a quién conocí en París? *(el otro se encoge de hombros)* A Gardel.

ROMAN – *(muy sorprendido)* ¿A quién?

GERARD – A Carlos Gardel, el cantor de tangos.

ROMAN - ¿A Carlitos, el Mago? Me estás jodiendo.

GERARD – Cuando yo lo conocí no era ningún mago. Era tan bruto como vos. Pura pilcha y gomina, pero rascabas un poquito y aparecía el verdadero.

ROMAN – Bueno, sin ofender ¿eh? Lo que digas de mí vaya y pase, pero el Mago es otra cosa.

GERARD- Sí, si vos lo decís. Yo lo conocí bien. Si lo habré conocido que estuvo viviendo conmigo en un pisito que yo alquilaba... Desde la ventana se veía el Sena.

ROMAN – ¿No estarás diciendo que el Mago...?

GERARD – Sí. Exactamente lo que estás pensando.

ROMAN - ¡Mirá, dejate de joder! Te acepto cualquier cosa, pero con eso no se juega. El Mago era bien macho. Con el Mago no se jode. *(entre dientes)* Tras de puto, mentiroso...

GERARD – Como quieras. Hacé de cuenta que te estoy hablando de otra persona. Que el que está confundiendo soy yo. *(pausa)* Tenía tantas cosas parecidas a vos. No sé. No te digo un gran parecido físico, pero sí esa actitud, arrogante, pendenciera... y al mismo tiempo desvalida, como si fuera apenas un niño grande.

ROMAN – Yo no soy ningún niño, soy un hombre.

GERARD – Él también decía lo mismo. Se enojaba muchísimo cuando yo le decía lo que pensaba de él...

ROMAN – Ya debías ser una marica mentirosa y enredadora.

GERARD – *(risueño)* Caperucita si venís a criticar... *(Pausa)* *(Pensativo)* Yo lo... transformé. Le enseñé a andar entre la gente... a hablar, a conducirse como un... como un caballero, como un hombre de mundo ¿entendés?

ROMAN – Más o menos.

GERARD – Ahí fue que empezó a encandilar a las viejas aristócratas y ricachonas del viejo y querido Montmartre... (*Divertido*) ¿No parece una letra tango?

ROMAN - (*hosco*) No sé.

GERARD – Ahí nuestro amigo Carlitos empezó su carrera de gigoló. Le entró a sobrar la plata y más que el cantor empezó a aparecer el bon vivant, la noche, el juego, la vida fácil, pudieron más que su cabecita liviana... y París se lo tragó.

ROMAN - ¿Cómo que se lo tragó?

GERARD – Sí, no resistió. La última vez que lo vi era como un viejito, un viejito de treinta y pocos años. Parece una burla pero no es. Había adelgazado terriblemente, casi al punto de estar irreconocible. Hablaba con frases inconexas, como si algo en su cabeza ya no funcionara del todo bien... y tosía, tosía constantemente... Era un hombre acabado, daba la impresión de que le quedaban semanas, en el mejor de los casos algunos meses de vida.

ROMAN – El Mago no se murió en París. Vos me viste cara de pelotudo y me estás contando una historia. ¿Qué? ¿Soy un boludo yo? No se necesita ser un profesor para saber que Gardel murió en Medellín.

GERARD – No sé quién habrá muerto en Medellín. El Gardel que yo conocí, el que vivió conmigo en París, ese, te puedo asegurar que no es el mismo del accidente en Colombia.

ROMAN - ¡Dejate de joder!

GERARD – (*no lo escucha*) A veces siento que, de alguna manera, yo lo maté. Cuando lo conocí era un pobre muchacho, apenas un proyecto de cantor. Sí, él se daba grandes aires y tendría su fama, no te lo voy a negar, pero el que lo metió en la noche parisina, el que le enseñó los secretos y los misterios de la ciudad más maravillosa del mundo y al mismo tiempo más terrible, ese fui yo: Gerard, el comediante, el bufón de la corte de las grandes damas y los grandes señores del reino. Y Carlitos no tenía cabeza para eso, le sobraba corazón y locura, pero le faltaba la medida que da la razón... o el instinto, no sé. A veces creo que yo desperté en él esa necesidad, casi autodestructiva, de tragarse el mundo... y el mundo se lo tragó a él.

ROMAN – Me estás metiendo el burro como si yo fuese un tarado. Mirá, no sé ni porque todavía estoy acá escuchando tus historias de marica reventada.

GERARD – Porque vos también tenés ese brillo en los ojos que tenía él. *(Pausa)*
Después lo vi en las películas, en esas películas norteamericanas, haciendo un triste papel, pero no era él, era otro, un invento de los productores americanos, un monigote de celuloide... Si no me querés creer no me creas.

ROMAN – No, no te creo una palabra.

GERARD - Es más fácil. Al fin de cuentas es mi culpa y vos no lo podés entender. No ahora. Y no voy a repetir la historia, así que te podés ir, si ya terminaste de comer mejor te vas. Ahora me puse triste, y quiero quedarme solo.

ROMAN – Ma sí, me voy. No sé en qué momento... Mirá... andá a que te cure Lola... *(Sale)*

GERARD – *(Queda sólo)* Hace un montón de años. Me estoy poniendo viejo. Pero sigue ahí. Qué cosa más jodida... El tiempo pasa y cada vez entiendo menos, y al mismo tiempo cada vez estoy más seguro que yo le mostré el camino, que yo sin saber, sin proponérmelo ¿cómo iba a saber? de alguna manera lo empujé al abismo. Sí, cuesta decirlo, pero yo... yo maté a Carlos Gardel.

(Transición, música de tango) (Pieza de pensión, una cama y un par de asientos, silla o taburete, desvencijados, música de tango que sale de un viejo tocadiscos, uno más joven baila en medio de la escena mientras el otro lo contempla risueño mientras toma mate, con la caldera al lado de la cama encima de un primus)

ULISES – Así que te vas nomás pibe.

MARCOS – Y sí...

ULISES – Como quien dice, a probar suerte.

MARCOS – Sí... más o menos.

ULISES - ¡¿Cómo más o menos?! ¡¿Cómo más o menos?! Hay que tenerse fe. La fe mueve montañas.

MARCOS – Sí, claro. Pero la cosa no es fácil...

ULISES – Me lo vas a decir a mí... Uno de acá lo ve de una manera, te parece que el campo es orégano, pero después que llegás allá las cosas son bien distintas.

MARCOS – Y sí. *(Pausa)*

ULISES - ¿Y la piba que dice? Porque si tiene tanto entusiasmo como vos es mejor que se queden acá. ¿Qué van a ir a hacer, a pasar hambre?

MARCOS – Ella no dice nada. Ella confía en mí. Vió como son las mujeres...

ULISES – Sí. Esta es de las que no preguntan mucho... por ahora. Dejala que se avise un poquito y vas a ver si no se te va con el primer yanqui que se le cruce.

MARCOS - ¿La Mildred? No, la Mildred es de fierro.

ULISES - ¿Mildred? ¿No se llamaba Malena?

MARCOS – Nombre artístico, porque a mí me pareció que pegaba más. Mildred es como raro. Malena es más de tango vió.

ULISES – *(un poco zumbón)* “Marcos y Malena” bailarines de tango argentino, uruguayos y de Colonia para más datos. Van a hacer capote en los “Unaite Esteits”. ¿Eh ché? Ya los veo en la pantalla grande, en las películas ché.

MARCOS – No se burle Ulises. Vamos a probar suerte. Eso es todo. Ella tiene un amigo que trabaja de mozo en un club nocturno en Miami y si conseguimos laburo ahí podemos estar contentos. Al menos es un comienzo.

ULISES – Está bien... y lo que está bien está bien... *(Pausa)* ¿Vos no cantás ché?

MARCOS – No. Yo sólo bailo, pero cantar, ni en pedo.

ULISES – Es una lástima. “Marcos Calderón”, hasta tenés nombre de cantor de tangos. Mirá como suena: *(muy exagerado)* “Marcos Calderón”... *(Pausa)* ¿Y cuándo se van ché?

MARCOS – El barco sale de Montevideo el 28. Los dos conseguimos laburo porque... bueno... plata para el pasaje ni pensar.

ULISES – Ahá... Así que van a bailar en el barco para entretener a los pasajeros. No debe ser fácil bailar en un barco. Digo, por el movimiento.

MARCOS – No, no. No vamos a bailar en el barco.

ULISES – Ah no.

MARCOS – No. Yo conseguí en la cocina, y ella como mucama, para... en fin, limpiar y ordenar los camarotes de los pasajeros.

ULISES – Así que no van a bailar.

MARCOS – Y no...

ULISES – Pero por ahí después de estar adentro los ven y quién te dice...

MARCOS – Sí... Quién sabe ¿no? *(pausa)*

ULISES – Yo estuve viviendo en los “Unaite Esteits” ¿te conté?

MARCOS – Sí, sí. Me contó.

ULISES – Sí. En Nueva York... y en los Ángeles. Como quince años. Cerca de Hollywood. Bueno, viví en un montón de lugares pero siempre ahí alrededor. Cerquita de las películas. ¿Te conté?

MARCOS – Sí, me contó. Varias veces.

ULISES – Bueno ché, más respeto. (*Un poco ofendido*) Lo que no te conté es que allí conocí a un montón de gente, trabajando de extra en las películas.

MARCOS – También me contó.

ULISES – Esto que te voy a contar ahora estoy seguro que no. Así que escuchá. Capaz que aprendés algo. (*Con mucha preparación*) Allí conocí al Mago.

MARCOS - ¿Qué mago?

ULISES – Al Mago querido, al Mago. Al mejor cantor de tangos de todos los tiempos. (*el otro lo mira incrédulo*) Sí, a Carlitos Gardel...

MARCOS – Es cierto, eso nunca me lo contó. No lo estará inventando ahora.

ULISES - ¡No seas atrevido ché! Fijate con quien estás hablando. Yo estuve en el mismo set de filmación con James Cagney o Jhon Barrymore, la ví de acá ahí donde estás vos a la divina Greta Garbo, llegué a tocar en el hombro a una de las rubias más famosas del cine, a Lana Turner. A ver, decime si vos tenés algo parecido para contar. ¡¿Eh?! ¡A ver: decime! Vos nunca saliste de acá. Lo más lejos que habrás ido es ahí enfrente, a Buenos Aires, donde mean las viejas.

MARCOS – Bueno... No se enoje. Yo no le estoy poniendo en duda nada. Pasa que conoció a tanta gente famosa que uno... yo qué sé... a veces...

ULISES – ¡A veces nada! ¡Si te digo que lo conocí a Gardel es porque lo conocí y está!

MARCOS – Sí claro. No tengo porque dudar.

ULISES – Cuando te cuente cómo lo conocí vas a entender.

MARCOS – Ah sí.

ULISES – Sí... El tipo era una piltrafa cuando lo ví. Andaba en Los Ángeles, rondando los estudios. Pero hecho pelota, realmente hecho pelota. Parecía un viejito. Casi... irreconocible. Yo lo había visto en una película, pero éste era otro tipo, como si fuera el padre, más viejo y enfermo.

MARCOS - ¿Y eso cuándo fue?

ULISES – En el 33. No me acuerdo del mes pero de lo que si me acuerdo es que hacía un frío bárbaro. Me acuerdo porque tenía puesto un saquito gris finito, y el pobre tiritaba como una vara verde. Me contó una historia increíble.

MARCOS – Pero... sería realmente o era un tipo parecido y...

ULISES – Era él. Carlos Gardel. El Mago. Me mostró el documento donde decía clarito Charles Gardes. Y eso no es nada, después cantó... Así, en una calle solitaria, bajo la luz de un farol, cantó “Mi Buenos Aires querido”... y era él, era el Mago. Era y no era... Era como un fantasma ¿entendés? Pero la voz, la voz era inconfundible. Como el cisne que canta antes de morir...

MARCOS – Pero y las películas, y el cine...

ULISES – Eso es lo que me contó. Esa noche lo acompañé al lugar donde vivía, un cuartucho en una pensión inmunda. Ahí me contó todo, que estaba enfermo, que le quedaba poco tiempo de vida, y lo más extraordinario, que el de las películas y las apariciones en público, hacía más de dos años que no era él, que era un doble que habían encontrado los empresarios, los tiburones de la industria del cine. Un doble ¿entendés? Porque el pobre tipo estaba enfermo y no querían perder la gallina de los huevos de oro.

MARCOS – Así que el de las películas no era el verdadero... era un... era otro... No, es una historia increíble.

ULISES – Creé lo que quieras. Yo sé lo que ví y con quien hablé esa noche. Me contó que cuando empezó a sentirse mal aceptó el engaño porque... por eso: porque no se sentía bien y necesitaba un descanso. Después cuando se empezó a derrumbar y quiso dar marcha atrás, no pudo. Quería que el mundo supiera la verdad, por dignidad ¿entendés? El tipo quería volver a ser él mismo, estuviera como estuviera, y ahí no lo dejaron. Lo trancaron de todas formas, lo amenazaron, lo fueron convenciendo, lo que fuera con tal de que no hablara... Y después, cuando ya era casi un despojo humano, cuando ya nadie en su sano juicio le iba a creer, entonces le dieron la espalda.

MARCOS – Y usted... ¿no lo volvió a ver?

ULISES – No. Yo era muy joven y casi salí corriendo con aquel secreto escondido abajo del saco, como un ladrón. Supongo que tuve miedo, no sé. Volví como a los dos meses y el casero me dijo que el hombre que vivía en aquella pieza

había muerto. Entre sus cosas no encontraron documentos ni nada que lo identificara. Lo único que el tipo sabía era que se hacía llamar Carlos.

MARCOS – Carlos... ¿nada más?

ULISES – Nada más... Hay días en que me siento culpable. Yo debí hacer algo en todos estos años. A veces siento que al callarme, yo también me sumé a la conspiración, y de alguna forma ayudé a matarlo. A veces siento que yo también, maté a Carlos Gardel...

(Transición) (Se escuchan frases de los personajes que supuestamente mataron a Gardel mezcladas con frases del propio Gardel y una música de tango dramático apiazzolado pasa por debajo, bajito, simplemente para darle unidad. Mientras tanto se enciende una luz cenital, contraluz o indirecta, sobre varios hombres desnudos que poco a poco empiezan a vestirse y caracterizarse; el resultado cuando la luz los ilumina en forma más directa son versiones de Gardel, gris, avejentado, ajado, vestido con ropas envejecidas que en algún momento fueron de gala. El último se pone el sombrero. Al final la música gana la escena por unos momentos)

GARDEL 1 - *(Canta con voz rasposa, envejecida, los otros bailan)* “Yo adivino el parpadeo de las luces que a lo lejos... *(etc.)...*” *(Ríe con la misma voz)* Ya no canto como antes... *(Recita)* “Es que la gola se va / y la fama es puro cuento / andando mal y sin vento/ todo, todo se acabó...” *(Vuelve a reír como si se burlara de sí mismo y termina tosiendo)*

GARDEL 2 - Nosotros: Carlos Gardel, en realidad, y aunque parezca una contradicción, quizá seamos, inmortales. ¿Cuánto creen que vamos a vivir? Doscientos, trescientos, quinientos años... Vamos, se reciben apuestas. ¿Quién dice 100? ¿El señor del saco azul? ¿Sí?... Va del señor. ¿Quién dice doscientos? Vamos 200, apenas 200 señores. ¡Qué poca fe que nos tienen!... 300, la señora del vestido verde. Tengo 300 ¿Quién da más? Creo que nunca vi un público tan pesimista... 500 ¿Quién dice 500? Estamos hablando de nosotros, del Mago, de Carlitos Gardel, no de cualquier cantor. ¿El señor del fondo?... ¿no? Vamos damas y caballeros, somos nada más ni nada menos

que Carlos Gardel... 500, la señora del escote a lo Marilyn Monroe dijo 500. Vendido por 500... 500 años de fama.

GARDEL 1 – 500 años, no son un día señores. La letra del tango dice “que 20 años no es nada, que febril la mirada, errante en las sombras te busca y te nombra...” 20 años no es nada, pero 500... daría para pensarlo ¿no les parece?... Dentro de quinientos años a alguien se le ocurrirá decir que Gardel “cada día canta más” (*risueño*) Algún cronista exaltado se tomará el tiempo de escribir un libro para probar que nacimos en Tacuarembó, o en Toulouse. Es posible que en unos años, cuarenta o cincuenta, alguien encuentre pruebas de que somos mejicanos... o de Katmandú ¿Por qué no? (*vuelve a reír y termina en una crisis de tos*)

GARDEL 3 - Dentro de 500 años, para poner un número exacto, en el 2057 ¿alguien sabrá quién fue Carlos Gardel? Es probable que sí. Hoy en día sabemos ¿sabemos? quienes fueron los trovadores provenzales. Algunos todavía recuerdan, y recitan, a Arnaud Daniel, 800 años después de su paso por la tierra. (*Ríe*) Notarán que la muerte nos ha transformado en una persona culta. Fenómeno extraño si los hay.

GARDEL 1 - En realidad no existimos como ustedes, desheredados mortales encerrados en un cuerpo tan limitado. Somos uno, y somos muchos. Somos... Carlos Gardel. Somos lo que ustedes quieren que seamos. Mejor: una suma de los deseos de todos ustedes, también de los odios y las decepciones ¿por qué no?

GARDEL 2 - Nuestra vida, nuestra verdadera vida es la muerte... Porque estamos muertos para la vida pero vivos para la eternidad... ¡Qué frase! No sé si se fijaron que ya no cantamos muy bien, pero cada día hablamos mejor. No hay con que darle: la muerte nos ha sentado de maravilla.

GARDEL 3 - Pero vamos a lo nuestro. ¿Quién somos en realidad? (*pausa*) No somos fantasmas. Los fantasmas son de otra época, están pasados de moda.

GARDEL 2 - Además ya hemos sido fantasma tantas veces en cuanto musical, película, obra de teatro y kermés de escuela, que para ser francos, y perdonen la grosería, ya nos tiene medio podridos.

GARDEL 3 - Tampoco estamos vivos. El último Gardel que pisó la tierra firme de los mortales murió, lamentablemente, en el aeropuerto de Medellín, en el 35. Ni

siquiera volvimos de la tumba para reclamar la gloria perdida, porque nuestra fama ha ido creciendo desde ese día trágico en Medellín, hasta transformarse en leyenda...

GARDEL 1 - Y eso es lo que somos: una leyenda. A falta de una palabra mejor que nos defina somos eso: una leyenda... una fábula, un mito, una patraña, una quimera... un poco de todo. Como la criatura del doctor Frankenstein, un ser construido de a pedazos, una suma de cadáveres históricos y delirios presentes, un híbrido de verdad y fantasía, un relato entrecortado donde se mezclan algunos hechos – ya envejecidos y desgastados por el tiempo- con deseos, fantasías, ilusiones, orgullos, vanidades...

GARDEL 2 - Somos Carlos Gardel. Somos uno y somos muchos. Muchos en vida y muchos más después de muertos. Algunos, los más fanáticos, piensan que cantábamos como los dioses, otros, que esta voz gangosa y un poco aflautada no resiste el menor análisis. Ninguno tiene toda la razón. En realidad no importa demasiado.

GARDEL 3 - Mientras los huesos del último Gardel se transforman en polvo en el cementerio de la Chacarita, nosotros, como Dorian Gray que se mantenía joven mientras la imagen en el cuadro se degradaba y envejecía, nosotros, Carlitos Gardel, el Mago, la leyenda, seguimos inmortalmente jóvenes, y todos los que murieron para que llegara esta eterna juventud no importan. El río de la vida se los llevó, como ramas podridas en la corriente.

GARDEL 1 - Cuando los hurgadores del pasado se vayan cansando, cuando los destazadores de cadáveres históricos vayan quedando sin vista y sin filo en sus escalpelos, cuando los retóricos de verbo afilado se queden sin palabras, cuando los oportunistas se queden sin oportunidades... entonces quizá podamos dejar de ser este personaje, un poco prócer y un poco farandulesco, y ser apenas el recuerdo del cantor... o nadie. Entonces sí habremos muerto. Habremos muerto de muerte natural, de esa enfermedad que padecen las leyendas: el olvido.

GARDEL 2 – A pesar de que Borges diga que “si una cosa no hay es el olvido”, no perdemos la esperanza de descansar, de perdernos en la cerrazón del olvido. Perdernos... como los versos de un poeta arrabalero que no dan con el cantor que los entone, como un viejo disco de pasta olvidado en el fondo de

un cajón, como la música de un tango que ya no encuentra el instrumento que la toque... Y estará bien... Estará bien...

(Uno canta: "...tiraio por la vida de errante bohemio / estoy Buenos aires anclao en París...", otro baila, otro marca poses, poco a poco la voz de Gardel en el disco se va superponiendo hasta ocuparlo todo)

APAGÓN A RESISTENCIA

William Soboredo

Enero 2007